

HUMOR

algunas ideas interesantes que quedan literalmente crudas, sucesivos interrogantes que quedan sin respuestas, improvisación revestida de ropajes filosóficos.

Por desgracia, el lector de este conjunto de textos obtiene poca claridad y menor disfrute. Dado el exigente límite del medio impreso para el cual estuvieron destinados, cabría esperarse que operaran con la utilidad y eficiencia de una pieza de relojería a la que no hay que darle cuerda. Que fueran justamente puntuales, esclarecedores, o al menos provocadores en cuanto a los planteamientos o perspectivas que arrojaran sobre el tema. Tal es la utilidad que no ofrecen estos textos que ayer florecieron en el agua efímera de un periódico y hoy lucen como yertas piezas de un herbario. Para evitar una indecente disección del espécimen, el editor del Boletín y el hipotético lector sabrán excusar la brevedad de esta reseña.

SANTIAGO LONDOÑO VÉLEZ

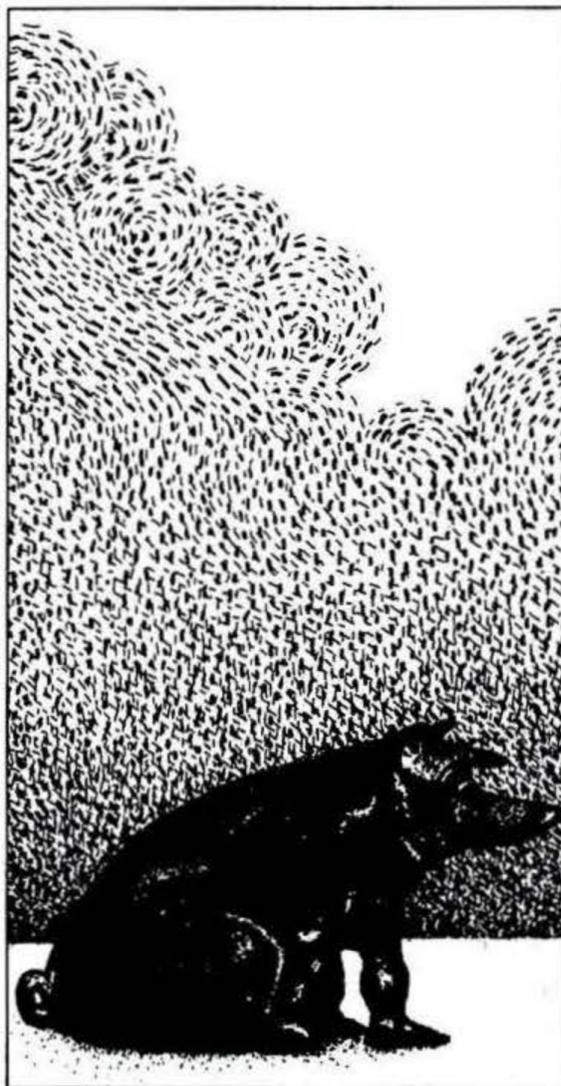
“Yo no clono, no he clonado, no clonaré”

Aspectos psicológicos del calzoncillo
Daniel Samper Pizano
El Áncora Editores, Santafé de Bogotá,
1995, 246 págs.

Hace tiempo recojo material para escribir (algún día) una historia del humor bogotano. ¿Por qué del humor bogotano? Porque encuentro en éste una serie de características muy especiales, dignas de un seguimiento histórico mayor que el que hasta hoy se le ha dado.

Por una parte, se trata del convencimiento de que en buena medida la historia de Colombia sólo puede ser comprendida a través del absurdo, y no poco a través de esos apuntes breves, gracejos y calambures epigramáticos, chispazos de estirpe inglesa si se quiere, enrazada con algo de esa presunta melancolía del viejo “orejón” sabanero, que no es la misma melancolía de la raza indígena, de la cual hablara Armando Solano.

Por otro lado, creo que el humor del bogotano sólo puede ser comprendido desde dentro, habiéndolo vivido o contemplado a contrapelo en los círculos sociales en los cuales florece. Algo más: encuentro muy difícil, cuando no imposible, que este humor sea entendido en su debida forma por el “provinciano”. Me refiero al humor del bogotano raizal, del cachaco puro, del rolo del Jockey Club, el del gracejo, el del chispazo fino, inesperado, nunca vulgar, siempre pertinente.



Desde la desaparición de Klim, el portaestandarte de esta tradición ha sido Daniel Samper Pizano. Con altibajos y todo, personalmente veo en sus libros de los últimos dos o tres años un retorno al humor, del cual —me parece— se estaba alejando progresivamente. Entre los cultores de Samper, lectores también de las novelas bogotanas de Salom Becerra y de Enrique Caballero Escovar, ha hecho carrera la idea, nada descabellada por cierto, de que los mejores libros de Samper son los primeros. Y no porque su humor entonces fuese más espontáneo y natural, amparado por la sabia férula de su maestro Klim, sino porque en aquel entonces —estoy hablando de los años setenta—

cada libro era una amplia recopilación de varios años de trabajo incansable. Me refiero, es el caso, a libros como *A mí que me esculquen*, o *Dejémonos de vainas*. Gracias a este mayor rigor selectivo, estos libros condescendían menos al ripio y a la repetición de la repetidera en un cansado bogotanismismo que cuando pierde su frescura se convierte en simple “jartera” de conversación insulsa de club social.

Ahora Samper despunta en una nueva etapa, más canoso (¿o más calvo?), más filosófico, más escéptico, más consciente de su aceptación final de la vida como es, simple y desnuda, con una especie de resignación filosófica que empieza y termina por descubrir con cierto alborozo los sucesos más menudos y trillados de la vida diaria, lo que todos pensamos a alguna hora del día, pero que no logramos poetizar en modo alguno; y si no logramos poetizarlo, diría Samper, por lo menos riámonos de ello y escribámonlo en el único género verdaderamente serio: el humorístico.

Misceláneo como de costumbre, sus temas abarcan desde el arte de comprar calzoncillos hasta los terrores que sufren las madres delante de los mugres que sus hijos pequeños levantan del suelo y proceden a comer, pasando por el sexo después de los cincuenta, la importancia de la secretaria (no tiene nada que ver con el tema anterior), las épicas batallas entre secretarias para lograr que el jefe de la otra pase primero al teléfono que el suyo, o el terrible síndrome de los contestadores automáticos y su pito intimidante... Se trata de lo aparentemente poco importante, de los detalles cotidianos inadvertidos, a menudo ridículos, extravagantes o simplemente risibles; en suma... de la vida común y corriente de cada uno de nosotros.

Ahí tenemos las llamadas aterradoras a las tres de la mañana a Madrid (España), desde Colombia, por despistados que olvidan la diferencia horaria, las peleas conyugales por el manejo del control remoto del televisor, las trifulcas (en donde mujeres y hombres comparten el baño) debidas a lo que García Márquez anotó en *El amor en los tiempos del cólera*: “El inodoro tuvo que ser inventado por alguien que no sabía nada de hombres”.

Hay un magnífico ensayo, de la escuela de la ley de Murphy, cuya bibliografía incipiente seguramente contribuirá a enriquecer, sobre las llaves que caminan. "He tenido llaves que desaparecieron una tarde en Cali y fueron encontradas cuatro días después en un cajón en Chapinero"; corolarios del mismo principio: panes que se reproducen, medias que se divorcian, bombillos que se autodestruyen...

Samper se detiene a comprobar cómo las cédulas de ciudadanía consiguen el milagro de "que Margarita Rosa de Francisco termine pareciéndose de manera asombrosa al Pibe Valderrama". Se plantea el autor angustiantes interrogantes acerca de las instrucciones que se imparten en los aviones antes del despegue: "¿Es verdad [...] que, en caso de amarizaje, los norteamericanos serán recogidos por helicópteros y portaaviones, mientras los demás debemos esperar en el agua a la Cruz Roja o la defensa civil?" Basado en la observación casera, llega a conclusiones espeluznantes: "Si siguen prohibiendo las escenas de sexo en televisión y aumentando la pauta de avisos, los niños del futuro van a creer que son hijos de la unión de una gaseosa y una corporación de vivienda". Y así, con todo, nos regala aforismos dignos de tener en cuenta: "Los bebés son como los helechos. Uno les echa un litro por arriba, y ellos devuelven dos por abajo".

Los mejores artículos de esta selección, a mi modo de ver, son el que se titula "Rico, pobre y medio rico", una espléndida variación sobre el "ojo con que se mire". Pongo un ejemplo: el rico es para todo el mundo un "dipsómano", el medio rico un "alcohólico" y el pobre un "borracho inmundo". Así, igual será la diferencia entre el cleptómano, el ladrón y el caco, etc.

Cabría mencionar otros artículos: una burla implacable al nuevo y estúpido "periodista visual", ese que presenta "imágenes exclusivas de la hambruna en Somalia, por cortesía de Chocolates Tequendama"; otro sobre religiones y sectas; otro sobre las delicias de pasarse la vida en hoteles; una antología sobre mensajes de amor en la prensa; uno de consejos para un buen matrimonio; un recorrido por el mundo maravilloso de los leucocitos que

habitan en el plasma: "una sustancia amarillenta, pálida, casi transparente y con mucho futuro: hagan de cuenta Gabriel Melo"; otro sobre el ombligo; otro sobre los clones ("yo no clono, no he clonado, no clonaré").

En suma, un libro muy agradable para días muy desagradables. ¡Y todo queda en familia!

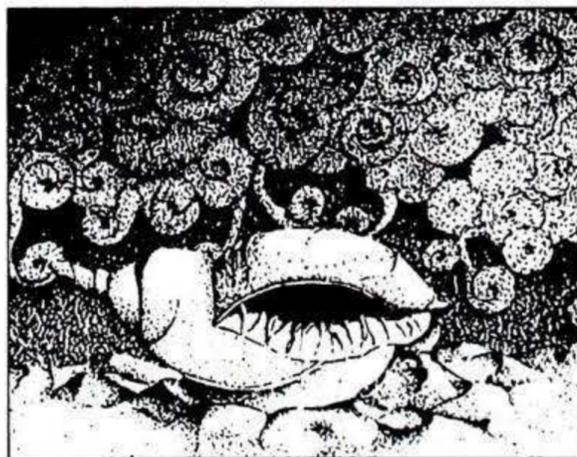
LUIS H. ARISTIZÁBAL

¿Posmodernidad o modernidad inconclusa?

Modernidad y posmodernidad en Latinoamérica

Jaimé Eduardo Jaramillo Jiménez
Centro de Escritores de Manizales,
Manizales, 1995, 122 págs.

El título del libro reciente de Jaime Eduardo Jaramillo Jiménez —*Modernidad y posmodernidad en Latinoamérica*— sólo se justifica parcialmente, ya que el tema de la modernidad apenas es tratado sumariamente en el primer capítulo, donde, fuera de afirmarse que América Latina sí vivió la experiencia de la modernidad pero que su modernidad fue una modernidad periférica, es poco lo que se dice. Los otros cinco capítulos están dedicados a la noción de posmodernidad y a lo que el autor considera elementos característicos del posmodernismo.



La definición que da Jaramillo Jiménez de posmodernidad es sugerente.

Según él, la posmodernidad crítica —que él opone a una posmodernidad neoconservadora que se conforma con celebrar la muerte de las utopías— no sería otra cosa que el desarrollo de los elementos críticos y autocríticos de la modernidad (pág. 26). Aceptar esta definición, sin embargo, hace innecesario el término que se pretende definir, ya que, si de lo que se está hablando es del desarrollo de los elementos críticos y autocríticos de la modernidad, entonces, en lugar de hablar de posmodernidad, sería mejor hablar de la modernidad como un proyecto todavía inconcluso, tal como lo hizo Jürgen Habermas en una conferencia pronunciada al recibir el premio Adorno de la ciudad de Francfort en 1980.

La idea de que el posmodernismo "surgiría en los años sesenta cuando el modernismo aparece agotado" (pág. 27) ya no es sugerente sino desconcertante, sobre todo si se tiene en cuenta que todo lo que Jaramillo Jiménez considera como elementos de la "contracultura posmoderna" norteamericana de los años sesenta y setenta ya se habían dado de una u otra manera en los años veinte europeos y aún en la época de la primera guerra. El "nuevo modo de concebir las relaciones entre el hombre y la naturaleza" (pág. 28) estaba presente en la obra de autores como Ludwig Klages —una especie de precursor del ecologismo cercano al círculo de Stephan George— y en el *Jugendbewegung* alemán, que también representó, en su momento, "una nueva noción de las relaciones del ser humano en sociedad". La "nueva relación con la técnica", por su parte, se anunciaba ya en la filosofía de Heidegger.

La crítica a las nociones de razón, progreso, revolución y vanguardia —que Jaramillo Jiménez considera inmanente a la posmodernidad— tampoco puede atribuirse sin más a los años posteriores a 1960. La crítica de la razón instrumental y de la racionalización como sometimiento de la naturaleza por parte del hombre y, por extensión, como sometimiento de los otros hombres, ya había sido llevada a cabo —para no ir más atrás— por Adorno y Horkheimer en la *Dialéctica de la ilustración* (1947). Para Adorno y Horkheimer la desmiraculización —es decir, la ilustra-